

cielo con el sacrificio de su sangre, con el ejemplo de sus virtudes, con la doctrina de sus palabras, y con la institución de los Sacramentos» (1).

Al terminar, no puedo por menos de tributar infinitas gracias al Hombre-Dios Sacramentado, ya que nos reconoce por hijos suyos. Nuestro deber es serle en todo momento agradecidos, sumisos y amantes.

EJEMPLO

Á fin de que podamos admirar una vez más el sublime ministerio de Padre que Jesús desempeña desde la Sagrada Eucaristía, y cómo libra de peligros inminentes á sus devotos, bueno será que refiera un suceso acaecido en Harlinge de Frigia por los años de 1567. (2) Siete criminales habían sido sentenciados á la horrible pena de horca. Era llegada la hora de cumplirse la fatal sentencia, y de los siete delincuentes sólo uno quiso confesarse con un padre franciscano, y recibir de sus manos la Sagrada Comunión. Efectivamente, recibió el Pan de los ángeles con devoción muchísima, encomendándose de veras al Santísimo Sacramento. Ahorcados todos los malhechores, creyó el Corregidor que el que había recibido los santos sacramentos estaba aún vivo; por cuya razón ordenó al verdugo apretase más el lazo. Así se hizo, colocándose el ejecutor sobre los hombros del infeliz; pero en el momento se rompió la cuerda, y el desgraciado, al caer al suelo, comenzó á pedir indulgencia á Dios y al juez. Éste, considerando que, según el juicio humano, no era posible que el reo tuviese vida cuando los demás eran difuntos, y que la sogá se rompiese siendo muy consistente, atribuyó el hecho á verdadero milagro del Santísimo Sacramento, por lo cual absolvió de la merecida pena al delincuente.

(1) §. VIII.

(2) Surio, en el coment. del año 1567.

II

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Rey.

Dicite filia Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sión: He aquí que tu rey viene manso á ti.

MATH. XXI, 5.

I. ¿Qué concepto formaríamos de un poderoso monarca que por amor á sus indigentes súbditos se despojase de su purpúreo manto y real corona, y, vestido de humilde paisano, se entrase en la modesta casa del obrero y en la mugrienta guardilla del miserable, con el fin de socorrer sus necesidades y remediar sus miserias? ¿No le aclamaríamos por un príncipe justo y santo? ¿Cómo calificaríamos á otro soberano que, viendo el erario vacío por haberlo dispensado á sus pobres súbditos, y encontrándose sumamente rico, se desprendiese de sus lujosos vestidos y fastuosos muebles, y, vendiéndolos, cediese el precio á los desgraciados y hasta partiese el pan de su boca por ministrarlo al necesitado? ¿No le juzgaríamos de egregio héroe y le colmaríamos de aplausos? Mas, ¿qué diríamos, finalmente, de un rey que, apelando á los medios anteriores, y viéndolos insuficientes, llegase á decir á sus vasallos: Venid, cortad mis carnes, repartíoslas, y comed de ellas; al menos haré cuanto pueda por vosotros y moriré gozoso, pues mi sangre será la semilla de vuestra resurrección y de vuestra vida...? ¿No quedaría-

mos atónitos ante un espectáculo semejante, y diríamos que el hecho ó era fabuloso, ó que su protagonista se había enloquecido por sus amigos? Su magnanimidad, ¿no merecería la divinización?

2. Lo que no es factible en ningún ser humano lo ha sido en Jesucristo, Rey de las eternidades, que por afecto á los hombres, sus vasallos, realizó prodigios de amor tan grandes que, á no dictárnoslos la Fe de la Iglesia Católica, creyéramos fuesen caprichosa fábula forjada en el cerebro humano, mejor que invenciones del amor divino. Sí, por cierto; Jesucristo es el soberano por excelencia que, despojándose de sus vestiduras reales, entró en el mundo para conversar con el pobre, socorrer al necesitado y ayudar al desvalido. Jesucristo Sacramentado es el magnánimo príncipe que cedió sus bienes en beneficio de sus indigentes súbditos, llegando hasta darles la última gota de su divina sangre vertida en el madero de la Cruz. Jesucristo Sacramentado es el rey héroe, el rey divino que, anhelando enriquecer á sus amigos, y conociendo que le faltaba un medio les dijo un día: Venid, comed de mi pan y bebed de mi vino que os he preparado (1). Mas, ¿cuál es ese pan y ese vino sino su Cuerpo y Sangre? ¡Ah! Jesucristo nos lo ha dado todo; ha querido morir y que comiésemos su carne y bebiésemos su sangre, para que aquélla y ésta fuesen nuestra resurrección y nuestra vida ¿Qué más pudo hacer un monarca por sus vasallos? Verdaderamente el Salvador en la Santa Eucaristía es el Dominador supremo tan poderoso como humilde, tan sabio como sencillo, tan justo como compasivo. ¿Qué encomios podremos por consiguiente emplear en su alabanza? Si el hablar de Jesucristo Sacramentado, considerado como Rey, constituye un acto de reconocimiento á su Majestad divina, estudiemos:

I. *Que Dios Padre estableció desde la eternidad á su Hijo Jesucristo por Rey de todos los pueblos.*

II. *Que Jesucristo es Rey en el Sacramento del Amor; y que su reinado es de reparación.*

(1) Prov. IX, 5.

§. I.

Era necesario que Dios fuese reconocido y adorado; era preciso que el hombre fuese redimido y perdonado; era indispensable que Dios y el hombre se uniesen con estrecho vínculo de perfecto amor para satisfacer las naturales aspiraciones de ambos. Mas, á fin de que todas estas legítimas exigencias su realización tuvieran, era también imprescindible que el Eterno Padre adornara las sienes purísimas de su amado Hijo con una diadema inmortal.

3. Desde el principio del mundo comenzaron los descendientes del primer padre á desviarse de los caminos del Señor y á negarle el culto latréutico que se merece; no se nos olvida que en el transcurso de los tiempos y antes que Dios confundiera en Babel el insensato orgullo humano, toda carne había corrompido sus veredas; (1) tampoco ignoramos que, pasados algunos siglos, en frase del profeta coronado, apenas había un hombre que el bien practicase; (2) la idea de la Divinidad fué alterada; los preceptos más sagrados conculcados; las obras de los hombres detestables; sus horrendos crímenes clamaban venganza al cielo; el reinado floreciente del Excelso había sido arrancado del mundo, merced á los impuros ardides del infernal espíritu y á la malicia sin igual de los hombres que los habían secundado. Era, por lo tanto, preciso que el Omnipotente, si deseaba reinar sobre las conciencias de los hombres, sobre la conducta de los pueblos, y sobre el proceder de las naciones, hiciese un titánico esfuerzo y ungiere á su Eterno Hijo, para que, viniendo á los hombres, ganase con sus propios méritos el cetro de la humanidad; y ved ahí que cierto día, en la eternidad misma, Dios Padre dirige á su Unigénito estas amorosas frases: «Pídeme y te daré el reinado de todas las naciones y una herencia tan dilatada que no tenga términos ni fronteras. Á los que se opon-

(1) Genes. VI, 12.

(2) Ps. XIII, 3.

gan á tu principado los desmenuzarás como se desmenuza el frágil barro» (1). Y cuando el Verbo divino hubo tomado carne humana y sembrado la doctrina de su Padre, y confirmádola con sus heróicas virtudes, su vida inmaculada y sus estupendos milagros, entonces, cambiando de faz los hombres, prosternados en el suelo, reconocen al Dios de los ejércitos y le tributan honores debidos; entonces aclaman por universal y absoluto Monarca al que tanta luz había difundido y amor tanto les había mostrado.

4. Pero el hombre necesitaba también ser redimido; le era forzoso escapar de las garras de Lucifer si pretendía conseguir su fin último; y nadie podía arrancarle de aquellas duras prisiones á excepción del Hijo de Dios; mas cuando este trascendental objeto hubiese logrado, después de haber sufrido los trabajos anejos al pobre y al desvalido, por espacio de treinta años consecutivos; luego de haber pasado tres años más de sudores y fatigas, de hambre y sed, de predicación y oración, de injurias y calumnias, de bondad y amor, de tormentos y afrentosa muerte, entonces, el hombre, por quien Jesucristo había tolerado con la más invicta paciencia, con la más perfecta alegría y hasta con el deseo más ilimitado penalidades tantas, siéndole agradecido, se humilla á sus pies y, después de haberle adorado con fe rendida, le levanta sobre sus hombros y le proclama justamente envanecido por su Rey.

Y para que comprendáis que el Padre es quien enviaba su Hijo al mundo á fin de que fuese reconocido por Monarca suyo, cierta ocasión, hallándose el Redentor humanado en el Cenáculo dirige á su eterno Genitor estas palabras: «Glorifica á tu Hijo, ya que le has dado poder sobre todo el linaje humano» (2); y el Altísimo, accediendo á esta justa petición, le corona de inmarcesible gloria, siendo entonces Jesucristo Señor Nuestro proclamado solemnemente por Soberano de todas las gentes. De suerte que, si el Padre pensó colocar sobre los divinos hombros de su bendito Hijo la real

(1) Ps. II. 8 y 9.

(2) Joan. XVII.

púrpura, y sobre sus venerables manos el cetro de la universal dominación, para que debajo de aquélla cobijarse pudiera la humanidad doliente y tras de éste anduviese obediente el pueblo escogido, asimismo, el Hijo de Dios lucró por méritos propios esa divina é inmensa realeza, viniendo á ser por doble causa Rey de los hombres y de los pueblos.

5. Otro motivo existía, siquiera más poderoso que los dos anteriores, puesto que impelía con fuerza inmensa á que el Mesías prometido en la Ley fuese constituido de parte del Padre por Monarca de los hombres. Dios, en efecto, tiende naturalmente á unirse con el hombre, y éste, por una fuerza secreta, poderosa é irresistible, tiende también á unirse y hasta fundirse, si la frase me es permitida, con el Ser por excelencia bueno. Por manera que como todos los racionales tengan aspiraciones semejantes, y el Hijo del Eterno sea, en este caso, el objeto y la fuerza atractibles, resulta que para que esta unión se verifique es preciso que la humanidad entregue la primacía, conceda los derechos, mejor dicho, reconozca los títulos que posee este Hijo de Dios hecho Hombre para reinar sobre ella, que en este concepto, y no en otro, podrá el Criador unirse á la criatura.

6. Todo esto supuesto y probado, exige ahora una reflexión que complementa las tres primeras ideas que señalé en el principio. ¿Os habéis fijado, con esa detención que marca la Fe, en la Hostia inmaculada que preside y da vida á nuestros altares? Habéis investigado las riquezas de Jesús Sacramentado? Si necesario era, y será siempre, que Dios sea reconocido y adorado cual cumple; y si Jesucristo, al venir al mundo, recobró para su Padre los títulos y los derechos de Creador y Señor, y el mundo, á su vez, comenzó á reconocer y adorar en espíritu y verdad al Padre por medio del Hijo: ¿dónde, pregunto, es este Hijo adorado y reconocido mejor y con más propiedad que en el Sacramento de nuestros altares? Más aún; si algo adoramos con culto absoluto de latría con el cual tributar debemos al Omnipotente los homenajes debidos sólo á Dios, es el Santísimo Sacramento: misterio en el que se contiene real y verdadera-

mente Nuestro Señor Jesucristo, y en donde por acompañamiento se hallan también realmente presentes el Padre y el Espíritu Santo. Ahí, pues, en este Sacramento, aprendemos á adorar á Dios; le adoramos, y nos estimulamos fervientemente á reconocer sus derechos.

Si preciso era que el hombre fuese redimido, y si Jesucristo, en efecto, le sacó de la cautividad diabólica; ahí, en el Sacramento y en el Sacrificio eucarísticos, está realmente Jesús prosiguiendo su Obra redentora, y aplicando los méritos que lucrara en el Calvario.

Si indispensable era, finalmente, que Dios y el hombre se unieran con estrecho y perdurable vínculo; y si, en efecto, Dios se une al hombre realmente por su gracia santificante, ahí en el Sacramento del amor se verifica misteriosamente esa unión tan deseada, tan íntima y perfecta, por la cual Jesucristo atrae al hombre y le colma de todas sus propiedades divinas, y el hombre, á su vez, se mezcla, se incorpora con Jesús, y se endiosa, en una palabra. Luego si el Hijo de Dios merece ser Rey de los hombres y de los pueblos por los títulos de Dios y Señor y Redentor, este mismo Hijo de Dios viene á completar en el Sacramento los propios ministerios: luego en el Sacramento es Rey.

3. Semejante reinado fué vaticinado por los profetas y consignado en el Evangelio. David (1) se remonta en espíritu á los tiempos del Salvador, y, hablando con Él, consigna estas memorables palabras: «Tú eres nuestro Rey antes de los siglos, que pusiste por obra la salud en medio de la tierra». El divino Sacramento, en efecto, ha dado la salud y la fortaleza á toda la tierra, porque ésta ha probado el Manjar exquisito de los ángeles. En otros lugares, el profeta coronado manifiesta que el reino (2) es del Señor, y que este reino ha de durar mientras existan los siglos (3). Isaías apellida á Jesucristo, Príncipe de la Paz y Cordero dominador de la tierra (4); le llama asimismo Fuerte, porque es Rey

(1) Ps. LXXXIII, 12.

(2) Ps. XXI, 29.

(3) Ps. CXLIV, 13.

(4) Isai. IX, 6.

á quien no podrán resistir los príncipes temporales. Daniel (1) asegura que el Padre Eterno dió al Unigénito la potestad y la honra del reino; que todos los pueblos y tribus y lenguas le servirán á Él, y que su poder será un poder que jamás será destruído.

Éste es aquel Señor á quien las Sagradas Letras denominan Rey de reyes y Señor de los que dominan, ante el cual todos los poderes del cielo, de la tierra y del averno deben precisamente doblar la rodilla. Éste es aquel Príncipe eterno á quien se debe adoración por reunir juntamente con el de Rey el título de Dios. Estando aun recostado en el pesebre, tiritando de frío, fué adorado por tres monarcas sabios del Oriente, quienes le ofrecieron oro é incienso en testificación de su realeza divina. Á los doce años de edad, cuando reputado era por el hijo del artesano, le vemos disputar, cual sabio Legislador, con los soberbios doctores de la sinagoga. El domingo antes de su Pasión le observamos entrar en triunfo y radiante de luz sobre humilde jumento en la ciudad deicida, á cuyo sublime espectáculo, el pueblo, creyendo en verdad era su Libertador y su Rey, se agolpa entusiasta en las calles y plazas, y, llevando en sus manos palmas y ramos en señal de alegría, grita fuera de sí: «Hosanna, hosanna al Hijo de David». El mismo Redentor contesta afirmativamente á la pregunta que le dirigió el inicuo Pilato, sobre ¿si era Rey?, y añadía (2): «Yo para esto he nacido» como si dijera: Yo he nacido con la realeza que he heredado de mi celestial Padre, y para esto he venido al mundo, para ser constituído Príncipe de las almas y de las sociedades cristianas; mas, asimismo he venido para dar testimonio á la verdad. Esta principal virtud acompañada de otra no menos principal, la justicia, deben estar siempre en posesión de los soberanos, y Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para enseñar y hacer cumplir la verdad y la justicia como que era Príncipe y Legislador de la Ley santísima. Pilato mismo, una vez difunto el Salvador, man-

(1) Dan., III, 100.

(2) Joan. cap. XVIII, 37.